

mercado y política

A medida que se ha ido desarrollando la producción de mercancías, vemos que determinadas relaciones sociales e instituciones, en principio estrechamente ligadas al hombre, se iban divorciando cada vez más de éste y tomando forma de realidades objetivas con leyes de vida propias e independientes.

En períodos anteriores de la Historia, en que las formas de producción tenían un carácter personal y directo, el citado divorcio no podía darse. Sólo cuando la producción de mercancías constituyó la forma económica predominante en la sociedad, es cuando el fenómeno, antes indicado, de la materialización de las relaciones sociales, adquiere gran importancia: por ejemplo, el verdadero carácter de relaciones sociales que tienen las relaciones entre productores, se ve mixtificado al tener que realizarse a través del «mercado», constituido éste en realidad independiente de los productores individuales, a los que impone cantidades y precios que se mueven al margen de su voluntad. De esta forma, el sistema de producción evoluciona con independencia de los productores, que se ven obligados a actuar según las condiciones que aquél les impone. Consecuencia de esto es que a veces se hable de los mecanismos económicos como si fuesen seres dotados de vida propia, así Walter Lippman habla de que el «mercado» es un soberano cruel dotado de una eficacia grande y brutal.

También los consumidores se ven mediatizados por el «mercado» en sus relaciones con los productores, teniendo que someterse a los precios que aquél les dicte. Por otra parte, vemos cómo la gran industria influye cada vez más sobre los individuos a través del gran mundo de la publicidad, llegando a crear en ellos necesidades y hábitos que le aseguren el mercado que necesita. Se llega así a un estado de la sociedad en que el proceso de producción tiene dominio sobre el hombre, en lugar de estar supeditado a él. Esta situación conduce al individuo a ver el sistema económico de la misma forma que al mundo de la naturaleza, al que tiene que adaptarse. Una de las consecuencias de esta tendencia fue la aplicación de los métodos de investigación utilizados en las ciencias de la naturaleza a las investigaciones económicas, llegando a crearse una serie de modelos abstractos, en cuya construcción no se tienen en cuenta las relaciones sociales habidas en una sociedad históricamente determinada. Estas relaciones sólo son consideradas en cuanto a la posible aplicación del modelo a una realidad concreta.

La producción de mercancías, si bien, por una parte, ha creado racionalidad económica en la organización de las empresas —cosa que ha favorecido al desarrollo de las fuerzas productivas—, el funcionamiento del sistema económico en su conjunto cada vez se presenta más como un mecanismo inerte que sujeta a las empresas humanas a sus propias leyes de funcionamiento. Es por esto por lo que —como dice André Gorz en su obra «Historia y Enajenación»— «así como los automovilistas acaban por reclamar agentes de tráfico (independientemente de que luego protesten contra sus órdenes y sus multas), los empresarios acaban por demandar al Estado que los prevenga, mediante intervenciones autoritarias (regulaciones, topes y garantías de precios, subvenciones, préstamos, exenciones de impuestos, etc.), contra la resultante de sus propias acciones o negligencias».

Es en la necesidad de este tipo de intervención del Estado, en la que se basan los que defienden el predominio del técnico sobre el político en la dirección de la economía del país. Afirman que, dada la complejidad del sistema económico, deben ser los técnicos los que lo vigilen y prevean sus evoluciones, solucionando los problemas que la coyuntura plantea.

Con el gobierno de la tecnocracia, los mecanismos económicos establecidos y exteriores al hombre, impondrían su racionalidad propia a los mismos técnicos, que aceptando ésta, se preocuparían sólo de sacarle el máximo partido. Este es el caso extremo en que en lugar de ser los individuos unidos los que sometan a su control el mundo exterior a ellos a través del sistema económico, es éste, con sus exigencias petrificadas, el que se impone sobre los individuos, que actúan como instrumento del mismo.

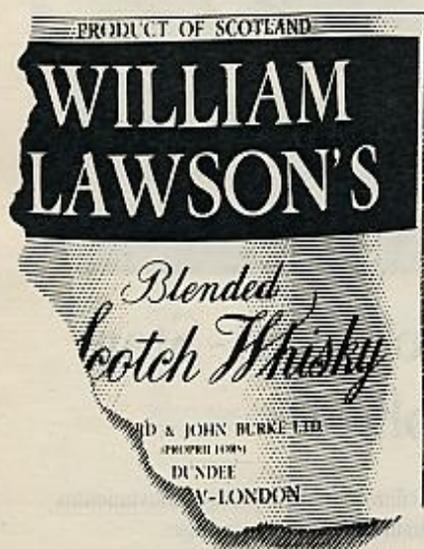
Finalmente, debemos llamar la atención sobre el hecho de que la técnica, como tal, carece de contenido social y si influye sobre la sociedad es de forma accidental. El hombre, en cuanto ente social, participa en la técnica como una simple herramienta más. Esto es evidente, ya que con el avance de la automatización se le sustituye cada vez con más frecuencia por máquinas. Por ello toda supeditación a la técnica de la sociedad implica necesariamente una deshumanización de ésta.

Por el contrario, la política tiene un contenido eminentemente social, ya que parte de la sociedad para proyectarse de nuevo sobre ella. Si la técnica quiere utilizarse con fines humanos y sociales debe subordinarse a planteamientos políticos.

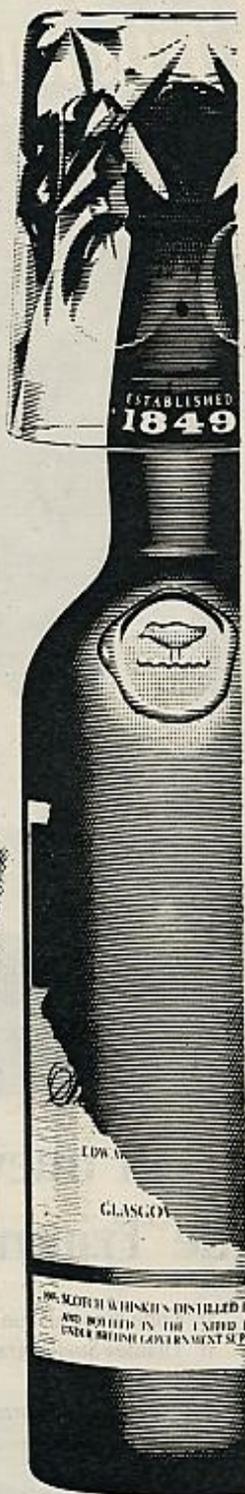
De todo lo anterior se desprende que es partiendo de los criterios políticos (aunque la técnica sirva para ponerlos en práctica), desde donde los dirigentes deben actuar sobre el sistema económico, modificando sus estructuras e instituciones si es preciso, y no aceptando éstas como inevitables categorías de la vida económica y convirtiéndose en técnicos a su servicio.

ARTURO LOPEZ MUÑOZ

seguridad
ante todo, sir,
susurró el barman al
despegar la etiqueta. Si no
hiciera esto, se acabaría antes de
decir William Lawson's. Así lo reservo
para quienes conocen su whisky. Como Vd. sir.



* William Lawson's Whisky
blended from the finest malts of
Scotland's Highland Distilleries



Distribuidor exclusivo: MARTINI & ROSSI, S.A.

Barcelona-Madrid